ridad del lecho, después de un altercado con Carlota, cuando andábamos ya en las postrimerías de nuestra unión y puede palparse una cosa horrible: que dos personas acostadas en una misma cama, cubiertas con unas mismas ropas, lado á lado, se hallen sin embargo á millones de leguas una de otra! Carlota lloraba, debía haber empapado la almohada y sus sollozos no me conmovían. De pronto, y á la mortecina luz de la mustia veladora, la ví incorporarse, fantásticamente agrandada en la penumbra, y exclamar como si me maldijera:

— ¿Ves cuánto sufro? ¿Ves que me estoy muriendo? Pues esto y más lo pasarás tú; has de tener tu infierno; otra mujer me vengará con creces...

La profecía se realizó; la pobre de Carlota ha sido vengada y bien vengada.

VI

UN SALÓN ARTÍSTICO

La había yo encontrado muchas veces en la calle, en el teatro; elegante siempre, siempre con su hija, una rubia canadense como de dieciocho años, alta, bien hecha, deliciosa. Y la gentil pareja me regocijaba la vista, esa estrecha unión se me hizo simpática. Aunque la madre escribía por entonces en *El Diario del Hogar* y yo también, no nos conocíamos sin embargo; nos leíamos mútuamente, cada semana, lo que equivalía á un cambio periódico de esquelas é impresiones. Sí sabía que los lunes en su casa, pasábanse algunas horas muy agradables, un genuino *five o'clock tea*, con concurrentes varios, desde la esposa de un ministro extranjero hasta periodistas de la víspera y nulidades perpétuas.

Pero sobre todo, dominaba el elemento artístico; iban las divas de la ópera, cantantes mexicanos, dos de nuestros grandes músicos Gustavo Campa y Ricardo Castro; dos de nuestras *primadonnas,* Soledad Goyzueta y Rosa Palacios, recién llegada de Roma, conservando todavía recuerdos vivos de la ciudad italiana.

Y un día, en la calle de San Francisco, me presentaron á las dos:

— La señora Natali de Testa; la señorita Rita Testa...

Ante mi reverencia muda, la señora me interpeló:

— Usted es *La Cocardiére* ¿verdad? ¿Cómo es que no lo han llevado á usted á mi casa? Siendo compañeros de diario, no puede usted faltarme. Ya sabe usted dónde y cuándo; los lunes, de 6 á 10, hotel de Iturbide.

A partir de mi primera visita, inicióze entre Fanny y yo una de esas intimidades que parece que nos premiaran de los desengaños cosechados y de los que tienen que venirnos después, los inciertos, los que nos acechan detrás de cada sonrisa femenina, entre las flores de los sombreros de paja que guardan y defienden cabecitas que han de sernos idolatradas. Nos separaban

muchos años para que el diablillo de las flechas pudiera hacernos una de las suyas, y como no podíamos dañarnos, nos dimos á querernos, en virtud de la eterna atracción de los sexos; un cariño franco, abundante.

Fanny había llegado á México con una compañía de ópera y se nos quedó para siempre; tan para siempre, que hasta su cuerpo reposa en tierra mexicana, desde hace dos años, en que un antiguo mal de corazón la arrebató del mundo. En la época á que me refiero, nada hacía sospechar su enfermedad; cuerpo y espíritu se hallaba en armónico equilibrio.

Yo no faltaba ningún lunes, aunque fuera un momento, ya tarde, iba á tomar mi taza de té, á conversar cuatro palabras con todo el mundo y á bailar un *boston* con la señorita Testa. Fanny misma servía y preparaba el té; era su orgullo de ama de casa, segura de que habían de alabárselo por lo bien que lo hacía. Y por unos instantes, la reunión revestía un carácter especial; las señoras y las señoritas, sentadas en las habitaciones, la taza en la mano, la servilleta roja, como una mancha de sangre sobre la falda, vuelta la cara á los que las atendíamos; Fanny, de pie junto á la tetera, reluciente y gruñidora; alguien

en el piano paseando con talento las manos por el teclado; dos individuos, fumando en el balcón un cigarrillo con libre cambio de intimidades, y dos ó tres idiomas hablados indistintamente, una risa de mujer, un conato de discusión teatral, un abanico que se cierra como con pereza, con leve rumor de alas invisibles...

Era Fanny la personificación del trabajo. Retirada del teatro con su marido y sus dos hijos, compartió con aquél los malos tiempos, se esmeró en educar á su hija Rita mandándola á un convento del *Sacré-Cœur* en Norte-América, y artista hasta la médula, se consagró á formar artistas, abrió una academia de canto, daba lecciones á domicilio y todavía podía escribir crónicas artístico-musicales en *El Diario del Hogar* primero y en *El Nacional* después. De ahí su influencia; en sus crónicas traslucíase la pericia de quien conoce á fondo el oficio; puntualizaba defectos que el público no advertía; realzaba cualidades; fundó una ó dos reputaciones y, mujer al fin, salían sus revistas, aún las severas, con un aura de benevolencia desvanecida y dulce. Esto, y sus descripciones técnicas de las *toilettes* femeninas en las fiestas del gran mundo — á que siempre estuvo invitada — acabaron de gran-

gearle las generales simpatías; las señoras se desvivían por saludarla, los caballeros por servirla, y ella, amable, sonriente, ilustrada, vivía contenta. Cuando su hija Rita regresó de los Estados-Unidos, hubo su pequeña revolución entre los hombres; escucháronse suspiros, pero Rita plantó á los suspirantes, quería disfrutar sus dieciocho años, no admitió novios ni cortejadores. Fué de balde que un joven crítico muy conocido en México insistiera más de un año y le dedicara más de un verso; que un aprendiz de abogado quisiera sacrificarle el Digesto; que otros astros menores le pusieran tiernos los ojos y la asediaran con galanterías. Rita resistió, á nadie hizo caso, halagada en el fondo de despertar ese culto, decidida á no dejarse vencer sino lo más tarde posible.

—Y, le pregunté una vez, ¿por qué no le corresponde vd. á Fulano?

—Porque no me gustan los novios, me gustan los amigos.

¡Cuánta fisonomía inteligente, cuánta mujer bonita ví pasar por el salón de Fanny! Allí ví una noche á Luisa Théo, poco antes de su beneficio, cuando Fanny le enseñaba la canción mexicana de "El Palomito"; entró arrebujada en un

abrigo negro, con un cartucho de bombones en la mano, sus ojos impregnados del *boulevard* parisiense, maliciosos y acariciadores, causando estragos; dos novios estuvieron á punto de disgustarse y un caballero volcó una taza de té.

Allí, la Judic, nos tuvo embelesados con su charla espiritual y anecdótica, diciéndonos á cada paso, cual si temiera que no la entendiéramos:

—*Mais vous comprenez ¿n'est pas?*

Allí Clementina de Vére, por poco no se enamora de un barítono aficionado, mexicano y rico.

Allí Adela Gini, me informó de la poética costumbre veneciana de dar de comer á miles de palomas en la plaza de San Marcos, palomas que se acercan á los transeuntes sin recelos, sin desconfianzas, y se les suben á los hombros, los acarician con el cuello, las alas plegadas y tendido el pico; pero mientras la Gini contaba esto, desde la otra habitación el tenor Pizzorni, que fué luego su marido, no le apartaba la vista, todo el temperamento amoroso de la raza asomándosele, haciéndole traición, dejando adivinar unos celos enteramente italianos, al través de sus pestañas negras y rizadas.

Allí Soledad Goyzueta, la mente llena de esperanzas y la garganta de notas aterciopeladas,

firmada ya su primera contrata, nos cantó una noche algo muy triste y muy bonito, que todos le pedimos que repitiera.

Allí Rosa Palacios, sentados junto al balcón, lloró conmigo un llanto amargo y sofocado; una sucesión de contrariedades la obligaba á dejar la ópera y escriturarse en la zarzuela.

—Pero no lo haga usted nunca ¿por qué?

—Porque en la zarzuela me pagan mucho más y no puedo desairar á la fortuna, porque sin dinero no puede uno vivir.

Comprendí su llanto; una artista pensionada en Roma, que veía derrumbarse sus mejores ensueños, toda una juventud consagrada al arte, por la razón grosera, imperiosa, perdurable, el dinero!...

Allí Adelina Patti, con sus modales de gran dama, sus ojos de andaluza, su conjunto de reina, cantó vuelta á nosotros, su célebre valse del *Bacio* y mientras su voz nos acariciaba el alma, un completo silencio dominaba en la estancia, yo pensaba en mujeres que no conocía, en ciudades que jamás había visto, en mundos que no existen; en casta adoración por la Patti, una adoración *sui generis*, sin la menor idea carnal, sin el menor deseo grosero, como si de repente hu-

biera vuelto yo á ser niño y el ángel de mi guarda, ese ángel que sólo existe al borde de la cuna, me cantara sus goces y sus juegos. El valse continuaba y al continuar desgarró mi quimera, me devolvió á la realidad, hízome reaccionar, valorizarlo; hasta que se extinguió, hasta que los últimos gorjeos se desvanecieron y, entonces, hablando conmigo mismo, me repetí la frase que aún zumbaba en mis oídos:

—Sí, sí—me dije—así, sólo así puede existir el amor: *sulle labra!...*

Otra noche, hizo su aparición Altamirano, el Maestro, á quien no conocía sino de nombre y de lejos. Y á pesar de que su reputación debía pesarle ya, no lo demostraba, al contrario, á todos habló, de preferencia á nosotros, los pequeños, los que nos le acercábamos vacilantes, á él, cargado de triunfos, en el otro extremo de la azarosa carrera, con cicatrices en lugar de heridas, descansando después de la lucha. De cuando en cuando, sacudía su melena, su cara de león se animaba, crecido ya con la propia plática, y exclamaba regocijado, contentísimo:

—Soy indio, indio puro, indio por los cuatro costados!

Por eso su conversación era más atractiva y

más brillante, por venir de un indio que, sin pontificar sino con una naturalidad encantadora, hablaba de clásicos griegos y latinos, de literaturas extranjeras, de la nacional, con un aplomo que demostraba su conocimiento antiguo de ellos, la ilimitada confianza que tenemos con los que vemos diariamente y son nuestros amigos y nuestros preferidos. Como aquella noche quedábamos nada más que los íntimos, fundiéronse los dos círculos, el de señoras y el de nosotros, rodeamos á Altamirano, que charlaba de cuanto hay y pasó á hablarnos de los bosques de su tierra, del puerto de Acapulco, de noches estrelladas y tibias, del mar y de sus versos. Luego habló de la intervención francesa, de la parte que él asumió en su contra, de los peligros corridos, de cómo una vez cruzó con un látigo el rostro de un oficial austriaco, cuyo retrato conservaba en el álbum de su casa.

—Y lo tengo de cabeza—añadió con risa infantil.

A intervalos, nos esbozaba una que otra aventurilla galante—en las que es fama tuvo siempre el Maestro buena estrella—sin consecuencias, borradores de duos de amor en los que sólo llegó á escribir el título, y volviéndose á su esposa,

sentada en el sofá, al lado de Fanny, decía como para borrar sus inquietudes:

—Ésta lo sabe.

Debía saberlo en efecto, pues lo escuchaba sonriente, satisfecha, acusando su legítimo orgullo de ser la esposa del grande hombre.

También allí hizo Pepe Vigil sus primeras armas, antes de lanzarse al teatro; y allí Gustavo Campa y Ricardo Castro tocaban juntos ó solos, trozos escogidos de sus mejores composiciones, de las composiciones que les han valido tanto y tan justo renombre.

El resto de los jóvenes se divertía á su manera; con pequeños celos, preferencias y dos ó tres noviazgos. Si mi memoria no miente, juraría que un matrimonio salió de las reuniones. Mientras duraba la parte artística, piano y canto, ó piano solo, la juventud tenía que guardar compostura, hasta que Alberto Michel quedaba autorizado para tocar su repertorio de baile, piezas compuestas por él, que aquietaban á los señoritos de ambos sexos. ¡Pobre Fanny! Aún la veo dirigiendo los lanceros reglamentarios con que se daba principio á la *sauterie*, y á las 10 de la noche, recordándonos con el piano que en Inglaterra, su país, terminan todas las fiestas con el

nunca bien ponderado *God save the Queen*. Al partir, no había nadie que no saliera contento; esperábase por grupos el descenso del ascensor del hotel, nos acomodábamos de cuatro en cuatro, los sexos y las edades alternados, y en la puerta del edificio nos decíamos adiós, hasta el lunes siguiente.

Cuando una de mis borrascas de juventud me arrojó lejos de la casa de mi hermano, me alojé en el mismo hotel de Iturbide, dos pisos más alto que Fanny y dos aposentos menos; pero esto aumentó nuestra amistad, hacíamos juntos las escaleras, nos encontrábamos en el patio, y algunos sábados, hasta nos mostramos las pruebas impresas de nuestras revistas respectivas; ella, para que le corrigiera yo uno que otro extranjerismo muy disculpable; yo, para que me corrigiera ella mis abundantes disparates en asuntos musicales.

Todas las empresas de teatros, á pedimento de los mismos artistas y por conveniencia de los empresarios, obsequiaban á Fanny con un palco para la temporada; sus artículos valían más y en cuanto á su independencia, ni por el obsequio la encadenó. Tres ó cuatro veces que estimó prudente fustigar, fustigó. Iba con Rita, y las acom-

pañábamos Campa, Castro, Vigil ó yo; los que habían ido por su lado, jamás dejaban de visitarla en los entreactos, lo mismo que sus demás relaciones. Y daba gusto mirarla saludar con idéntico cariño, á las damas del buen tono que le hacían grandes reverencias desde sus palcos y á las artistas que le sonreían y con la mirada le pedían su aplauso desde el escenario. Si escuchaba una nota de mérito, una *fermata* de su agrado, no podía contenerse, abandonaba el abanico y aplaudía con las manos enguantadas, radiante, enternecida, como si estimulara á las que empiezan ó admirara á las dignas de admiración...

A mi regreso de Centro-América, después de dos años de ausencia, estuve á visitarla, á darle las gracias por la bienvenida que me había dirigido en *El Nacional* y por la lisonjera crítica hecha á mi libro *Del Natural*. Me encontré la amiga de siempre, franca, amable, contenta de verme ya encarrilado, en muy buena salud ¡cómo sospechar que no la vería más!

En la conversación, Fanny me dijo riendo:

—Rita no le encuentra á usted de su gusto ahora que lo vé de sério y de diplomático.

—Es la verdad—repuso ésta en su media len-

gua—me gustaba usted antes, cuando era usted un bohemio.

Sin duda no sabía que estábamos de acuerdo; también yo gustaba más de mí entonces, cuando fuí bohemio.